

Me gustan los sábados. La ciudad es otra por la noche. Amarillamente irreal, como las luces de sus avenidas. Me gustan y me visto, y subo por Central hasta salir del barrio. A contaminarme del vaho nocturno que asciende desde las alcantarillas (son pocas pero parecen muchas). Al pasar el puente busco Máximo Gómez, su machete (el original, por supuesto), la Plaza del Carmen con su tamarindo (el nuevo, no aquel alrededor del cual se fundó la villa), la misma donde el Ché (icono pop) lamentaría que le hubieran matado 100 hombres en uno, refiriéndose a un vaquerito de nombre Roberto al que ya muerto ascendió a capitán (el *Billy The Kid* nacional). De ahí que el tamarindo se robustece con los años, abonado con la sangre de los héroes.

Cruzo Martí ("jaula es la villa de palomas muertas y ávidos cazadores..."). A la izquierda, BANDEC. De noche no hay viejos haciendo cola en pro de la chequera, que nunca será suficiente para sobrevivir un mes. De noche los viejos están sobremuriendo. Los viejos reparadores, pingan en mano, tras la puerta de sus cuartuchos de mala muerte. Me gustan los sábados. La ciudad es otra por

### abierto por reparación

**Todo comenzó** con una máquina rota: Underwood, 1900. Todo comienza así. Cuando se rompe algo, cuando necesitamos de alguien. Y lo que hace falta ahora es un reparador. Necesitamos un reparador. Para esta Underwood que acaba de cumplir un siglo y para esta ciudad, que da sus últimos estertores, como una Marta Abreu cancerosa ante los rostros perplejos de sus hijos. No sé. La enfermedad me inspira. Quizás escriba una oda. Ahí, pero dónde, cómo.

### saturday night fever

**Sábado. Noche.** El reparador no sale de casa en días como estos. En la cuartería donde vive se cuelan parejas a hacer el amor: amores hetero, amores homo, amores perros. Es peligroso. Podrían rajarle el cuello con una navaja. Todos prefieren amores sin testigos. No va ni al baño (uno solo para toda la cuartería). Desde su cuarto los oye jadear, con el oído pegado a la puerta, y las ganas de orinar se le acumulan, se hacen urgentes. No le queda más remedio que meter la mano dentro del pantalón y empezar a batir para aliviarse.

Me gustan los sábados. La ciudad es otra por la noche. Amarillamente irreal, como las luces de sus avenidas. Me gustan y me visto, y subo por Central hasta salir del barrio. A contaminarme del vaho nocturno que asciende desde las alcantarillas (son pocas pero parecen muchas). Al pasar el puente busco Máximo Gómez, su machete (el original, por supuesto), la Plaza del Carmen con su tamarindo (el nuevo, no aquel alrededor del cual se fundó la villa), la misma donde el Ché (icono pop) lamentaría que le hubieran matado 100 hombres en uno, refiriéndose a un vaquerito de nombre Roberto al que ya muerto ascendió a capitán (el *Billy The Kid* nacional). De ahí que el tamarindo se robustece con los años, abonado con la sangre de los héroes.

Cruzo Martí ("jaula es la villa de palomas muertas y ávidos cazadores..."). A la izquierda, BANDEC. De noche no hay viejos haciendo cola en pro de la chequera, que nunca será suficiente para sobrevivir un mes. De noche los viejos están sobremuriendo. Los viejos reparadores, pingan en mano, tras la puerta de sus cuartuchos de mala muerte.

Restaurante Amanecer, tienda El Encanto, pizzería Toscana, 1800... Nombres, solo eso. Sombrios son los amaneceres en esta ciudad. Encanto tuvo, como puta joven. Hoy, si acaso, desencantos amorosos (desamores hetero, desamores homo, desamores perros). De Toscana, lo tosca, el olor a la peor de las Italias en cada pizza zocata de 5.00 pesos MN. Del 1800, apenas el recuerdo.

Próxima parada, Boulevard (de las estrellas y los sueños rotos). Toldos a rayas amarillas y rojas, portales con mendigos, animales con sarna, turistas fotografiándolo todo. Pero no estoy para mendigos, perros o turistas. La noche del sábado es noche de fiebre.

A un costado del parque hay un edificio tan viejo como aquella ciudad que le da nombre: Praga.

Praga, ciudad luminosa, corazón infartado de Europa. Kafka, Kundera, stalinismo real-socialista impuesto y derribado.

Praga, *night club* improvisado, ruinoso, barato, destino de púberes llevando de la mano a sus extranjeros seniles, estudiantes ávidos de fiesta con sus novias que quieren y no quieren, tipos que rezan entre dientes porque otro tipo no pare de mamársela así, Señor, que no pare, más la gente corriente

que no tiene dónde ir en una noche de sábado.

Praga, mi destino (desatino).

Pago al portero y subo. Todo el que paga puede subir. Precio irrisorio para un segundo piso que amenaza caerse. Pero nunca se cae. Por suerte.

Al Praga ya le va haciendo falta una buena reparación (re-Pragación).

### un poco de caridad, marta

**Subo al Praga** porque no hay teatro. Sudo, bailo, me estrujan a falta de ballet, de Alicia y su coro de cisnes, de Verónica gritando histórica desde el escenario "Who's afraid of Virginia Woolf?", de Varela (nuestro padre Varela) lanzando tres monedas al público (Moneda Nacional, no divisa, de ahí que nadie se dedique a recogerlas).

Teatro La Caridad: sobrio por fuera, opulento por dentro. Me gustaba mirar su cúpula, ángeles que parecían quererse caer en nuestras cabezas (hoy se están cayendo de verdad). Era como si aquellas alegorías, retratos y representaciones nos velaran desde lo alto, cuando en realidad quien lo hacía era la patrona de Cuba, virgen a la que no se le había dedicado ni un rincón para las ofensas. La caritativa aristocracia de la época no podía permitirse caer tan bajo. Por eso la aristócrata Caridad del Cobre hace que hoy todo se venga abajo. ¿Castigo? ¿Maldición? ¿Venganza por haber erigido un antro de diversión sobre los escombros de lo que fue un antro de oración (la Ermita de la Candelaria)? Así de rencorosas son las santas. Por eso te rogamos, Marta, por Caridad (o Candelaria, qué importa), sé un ave fénix. Vuelve. No nos dejes a merced del tiempo, de estos reparadores desalmados que no harán nada por tus hijos.

La Caridad es simple: platea y tres pisos de palcos. Siempre busqué los segundos. Demasiado calor abajo, demasiada gente, demasiado cerca del polvo que levantan los artistas al pisar el tabloncillo, dejando al descubierto demasiada imperfección.

El reparador (viejo y sabio pánico) gusta del buen arte, aunque no le alcance el dinero para una entrada al teatro: las del ballet le saldrían en 20.00 pesos MN, si consigue alguna, luego de una cola desde la madrugada. Por más que gusta de las buenas obras y la música, deberá conformarse con verlo cuando lo transmitan por la televisión

nacional, que bien pudiera llamarse "televisión local".

Casi nunca lo hacen. Y cuando lo hacen, no se puede aspirar más que a los fragmentos que no fueron objeto de censura. Por eso el reparador teclea furiosamente en mi Underwood agonizante esas palabras: "Santa Clara, al fin estamos reparando" (corrección, puso Satan en vez de Santa). Letras que retumban tan fuertes como un "we will rock you!" Como un "Santa Clara, al fin estamos ganando algo de dinero". O un "Santa Clara, al fin hacemos lo que nos gusta y no tendremos que prostituirnos vendiendo jabas de nailon en el boulevard, o lapiceros (o nuestros propios cuerpos pellejados)". O un "Santa Clara, al fin le podremos coger el sabor a la vida".

### indio y mártir

**Al cine no podría** entrar sola. Demasiados sujetos sospechosos acechando (acezando). Acercándose subrepticamente a mi butaca. Diciendo groserías entre dientes para que yo los oiga, aunque no los entienda. Para excitarse ellos, aunque nunca se vengan. Porque en eso radica el placer: en quedarse con las ganas. Ganas de que se les mantenga parada (re-parada), en ristre, en firme, altiva como quien saluda la bandera al son de un himno de combate. Ganas de que la película no se acabe nunca: no importa cuál, la más bizarra o la más patriótica (la guerra y el amor siempre funcionan). Ganas de gritar. Si no con la voz, con otra cosa. Pero gritar. Que algo salga y todo cambie en medio de un cine repleto de gente (el Cubanacán, el Camilo Cienfuegos). Un grito-lanza, un grito-cien-chorros-de-leche-como-cien-bolas-de-fuego (fatuo).

Por supuesto, entre ellos habrá algún reparador. Uno que no se haya quedado batiéndose la puerta de su cuartucho, mientras afuera todavía haya quien insista en intentar el amor. Y cuando ni el amor funcione, entonces irse al cine como quien parte a la guerra (como quien parte en la guerra): un filme bélico con muchos muertos, y muchos vivos mirando cómo aumentan las bajas; un poco de Segunda Guerra Mundial que barra a los judíos con un chorro de gas (de la pinga de un reparador no podría salir otra cosa que gas para matar judíos).

Un orgasmo público, eso. Un reparador en el mismísimo centro del parque Vidal, desnudo con su cuerpecito pellejado al aire libre, viendo pasar la gente: hombres,

ambisley  
negrín

mujeres, viejos, niños (quién sabe con qué se excitan los reparadores). Una buena paja. Un buen chorro de leche como salido de una manguera de bombero. Un reparador-bombero que nos deje bañar bajo el chorro que brota de su pinga. Un baño reparador. Un potente chorro de gas que mate nuestra parte más judía. Que nos repare, nos ponga en pie, en marcha, en boga, otra vez.

**creta, minos, mi padre, el minotauro y yo Sábado. Noche.** Los sábados hago caso omiso a los carteles que alertan sobre la bestia que aguarda al final del laberinto: "Peligro, derrumbe". ¿Qué bestia ha de ser esa con semejante nombre, habitando un laberinto de zinc galvanizado: planchas y planchas que hasta un huracán bebé (de fuerza cero) haría volar?

Los sábados quiero llegar al sol con mis alas de esperma derretida. Por eso me adentro en el laberinto. Todo está oscuro. Como el recuerdo de la voz de mi padre: "vete de esta isla cuando aún estás a tiempo" (esta isla-ciudad-laberinto-peligro-derrumbe). Mi padre, viejo sabio: mirándome alzar vuelo, parado en la puerta, mientras yo me impulso hacia la noche; esperándome, aunque sabe que no regresaré a él ni a su amor laberíntico.

Fue mi padre quien diseñó el laberinto, quien escogió entre los minotauros el más fuerte y saludable y hambriento, quien me dijo "allá Minos con eso, tú y yo nos vamos de aquí", pero no pudo porque el laberinto lo llevaba por dentro y nadie puede escapar de sí mismo. Por eso se arrodilla conmigo por las noches (nunca los sábados) y reza. En voz baja pide (o exige) algunas cosas:

1. Que seamos felices aquí, al menos una vez en esta vida.
2. Que tengamos la salud y fuerza de un minotauro joven.
3. Que podamos templar cuanto queramos, y tengamos que templar para encontrar el verdadero amor (o desamor, pero que sea verdadero).
4. Que sean reparadas nuestras almas defectuosas, mohosas, ruinosas, (in)miscorriciosas.
5. Que seamos mejores cada día (y cada noche de *saturday night fever*).
6. Y que, por favor, esta santa ciudad no se nos venga abajo (sino arriba).

A un costado del Santa Clara Libre, donde otrora hubo un *dancing club*, mi padre reconstruye laberintos (otros) alrededor de

edificios en ruinas, en un intento vano por reparar la imagen de su ciudad. La ruina es el requisito indispensable de una buena reparación. Por eso a esta ciudad satánica deberían cercarla. Toda una frontera de zinc galvanizado de importación alrededor. Una garita para cobrar peaje y la apertura de nuevas plazas: el cobrador, el custodio, el policía de guardia para mantener el orden y velar que nadie entre ni salga sin permiso. Esa sería la puerta al laberinto (un parque temático). Ya adentro resultaría muy fácil perderse. Basta con caminar. Y camino. Basta con subirse a los andamios como a esos aparatos eléctricos que dan vueltas. Y me subo. Basta con marearse y vomitar. Y vomito.

Pero no soy solo yo. Todos provenimos de una sustancia seminal-ovárica de reparadores. Somos hijos de albañiles, carpinteros, plomeros (posproletarios de esta Nueva Judea). Somos Jesús de Santa Clara. En esta villa hay miles de Jesús y Judas para traicionar la tradición: una verdadera estirpe de reparadores. Y como ellos, terminaremos batiéndonosla tras las puertas de nuestros cuartuchos, mezclando semen con cemento, pinga con piedra molida y arena. Esa y no otra habrá de ser (¿será?) nuestra válvula de escape, a falta de una vulva.

Y no es juego, hay que tenerle respeto al laberinto de noche. Al minotauro le entra hambre a esta hora. Y no entiende de razas, sexo, ni edad. Le sirve cualquiera. El otro día amaneció una vieja muerta. Al otro un niño Down. Al otro una muchacha de 20 años que al desvestirla era un muchacho de 19. Mañana puede que amanezca yo. Somos tan vulnerables ante él.

Qué nombre para una bestia que se nos viene encima (nadie ha vivido para contar sobre el tamaño de su pinga): Peligro, derrumbe. Qué entretenimiento para un rey (¿qué rey es ese que precisa de una bestia para hacerse valer?): arrojarnos a ella. Qué tortura para un padre: esperar. Qué ligeras mis alas y qué viento fresco el de esta noche, para volar hasta el próximo callejón sin salida.

#### coctel molotov

**Domingo. Madrugada.** Toscana abajo, por Marta Abreu, hay un lugar ruinoso lleno de gente. Un lugar donde todo se mezcla, donde *Mary is a boy* y *Tom is a girl*, donde se vale todo menos cortarse las venas. El Mejunje: un antro de perdición, según las viejas beatas (o las beatas más viejas), que corren a

guarecerse a la sombra de la virgen que decora el portón de La Catedral: un antro de salvación.

Mientras un maricón de trapo y colorete dobla a grito rajado la irrepitable voz de Annie Lennox, las viejas entonan alabanzas al Señor. Y son tantas las ansias de fama que Annie y los cánticos traspasan las fronteras (la fachada ruinososa una, barroca la otra), se encuentran, se confunden, se mezclan, se vuelven un mejunje de sonidos.

"Señor (padre), no te pido mucho, solo que cuando ya no esté, la gente se acuerde de mí".

Un maricón es una vieja beata. Una vieja beata es un maricón.

El maricón acude religiosamente a su templo a confesarse. Se arrodilla, hace penitencia, tiende a la autoflagelación. La vieja beata espera regresar de la iglesia para cambiarse de ropa y ser otra, más como ella misma, limpia de alma, renovada tras esa confesión que la deja lista para cometer nuevos pecadillos: adulterio, codicia, envidia, vanidad, pura escoria de rutina...

El maricón llora al ver desplomarse la ciudad poquito a poco. Ya no tiene clubes donde mendigar un amor tan falso como él. Ya no le quedan hoteles de segunda para consumarlo, y tiene que apelar a las malezas de las afueras (o de los adentros). Ahora la ciudad es una enorme ciudadela y pululan por doquier las cuarterías. La vieja beata también llora. Teme que el templo se venga abajo (como los ángeles) y no haya lugar para sus confesiones. Por los parques deambulan niños que ya no creen en Dios ni en su madre, y se la pasan acosando a los turistas. Nada se puede hacer por ellos ya.

Una vieja beata es un maricón. Un maricón es una vieja beata.

Ambos añoran ser lo que no son: una mujer joven. Lo suficientemente mujer y lo suficientemente joven como para merecer el cielo. A pesar de que la Biblia diga que allá en el paraíso todos seremos eternamente jóvenes, aunque no eternamente mujeres.

Ambos se postrarían a los pies del cirujano plástico. Lo adorarían, fervorosos, como al único Dios verdadero.

Un maricón y una vieja beata son lo mismo para un reparador medio cegato ya, de tanto fijar la vista con las máquinas de escribir (la letra cansa).

Quizás alguno me esté espionando ahora mismo desde su hendija (su *aleph* particular).

Y quizás para él yo sea una de esas viejas beatas que se confunden fácilmente con un maricón (y *vicioversa*).

#### hotel, dulce hotel

**The great big white damage**, pienso de camino a casa, de madrugada. Se me antoja un helado, pero el Coppelia está cerrado. Al frente, las luces del América brillan por su ausencia. El América siempre dio cobija a los menesterosos del amor, para que no tuvieran que ir a morir a cuarterías inclementes, en las que hay que andar todo el tiempo muy atentos, con la navaja a mano, no vaya a ser que algún reparador mirahuecos se nos venga encima y termine violándonos.

El América hoy no está en condiciones de dar cobija más que a ratones y algún animal sarnoso que huye de las cámaras de los turistas. El América está hoy en puro hueso, apetosa ternilla por la que la gente se mata en las carnicerías. Pero la gente sigue yendo a él en busca del amor, como si fuera otra cuartería (y lo es).

¡América, no eres más que tres pisos sin puertas ni ventanas, por donde todo el mundo entra y sale y se viene! ¡América, tus luces se apagaron y ahora yaces invadida por linternas! ¡América, la gran tumba abierta del soldado desconocido cubano (americano)! Parece un poema incivil de Allen Ginsberg expulsado de Cuba por maricón o beata (y lo es).

Y si no es al América, será al Modelo, al Bristol, al Oasis: hoteluchos que apenas logran sostenerse en muletas. Un parche por allí, un remiendo por acá, y colorete, mucho colorete. Pintura para tapar las marcas inequívocas de una vejez prematura, corona de esa vida disoluta que han sobrellevado. Cal, no hay presupuesto para más. Es poco lo que puede pedir un hotel de quinta (o decimoquinta) por unas horas de sexo *underground*. Y es mucho lo que se puede hacer en una de sus habitaciones con infinitas hendijas abiertas, por donde ojos cegatos de todos los colores, formas y tamaños espían perrunamente al amor (o al desamor), con la ilusión de reparar sus corazones rotos.

¡América, te estás cayendo a pedazos (tardía y barata imitación del Muro de Berlín)!

Debes saber, América, que hoy no lloraremos por ti, no te dedicaremos poemas de Ginsberg ni canciones de Varela. Nuestra pena nos consumirá en silencio, nuestra enorme pena, nuestra gran e inconmensurable pena blanca, como gran e

inconmensurable fuiste tú en nuestra enferma imaginación: la metástasis de Marta Abreu aún nos mantiene metaestáticos, o estáticos solamente, o aestéticos, o nos mantiene...

#### cruz bélica

**Blue Park:** farolas fundidas a pedradas, simulacro de parque infantil con dinosaurios aparatos inservibles, al margen de ríos de corriente albañal, aliviaderos industriales que le insuflan un aliento de muerte a la ciudad. Blue Park: otro lugar donde tener sexo.

Es el largo y tortuoso camino de regreso. A pie, no hay guaguas a esta hora. Los choferes deben estar felizmente interrumpidos en sus casas, hambrientos y felices, intentando sobremorir con éxito, teniendo dulces y reparadores sueños, mientras los vejestorios de sus guaguas son reparados en el re-paradero.

Siguiendo el trayecto de la ruta 3, el puente de La Cruz. Dicen que debe su nombre al orgullo herido de un esposo que macheteó a su esposa (a la usanza de nuestros abuelos mambises) al descubrir que era infiel. Al parecer la sangre de la infiel atrae a los infieles, porque noche a noche se les ve y oye sobre esos bancos (adultos adúlteros): "así, así", y uno no puede dejar de preguntarse: "¿así cómo, cómo?" Uno no puede dejar de aminorar el paso para oírlos mejor. Solo dejar de respirar, a ver si con la asfixia nos llega el insoportable olor de la libertad.

Después de La Cruz, ya la ciudad está en nuestros pulmones. Una sobredosis de oxígeno que nos abona. Me siento crecer con ella. Me hago grande y fuerte como un minotauro joven. Ciudad vitaminada. Ciudad levadura de fermentación alcohólica y energizante. Ciudad *Red Bull* (o *Minotauro Rojo*, según subtítulo de la televisión local).

Antes no habían bancos pintados de azul alrededor de La Cruz (pequeña, de concreto y cal, nada más lejos de la cruz de Cristo), ni farolas que fundir a pedradas: era solo maleza. Antes, el jadear de los amantes se confundía con el bufido de un animal, y el amor se hacía en la yerba (la espalda contra el suelo, las rodillas raspadas por las piedras), sobre la memoria y las cenizas de aquella mártir perjura (¿una pequeña Marta perjura?). Ahora, los violadores ya tienen su Blue Park. El río no es problema. Hiede, ¿pero cuál río no? Ahí está el Bélico, sus márgenes, a donde van los caballos a pastar, con la marca del

árnés en la piel. Y, en el agua, unas ranatoros tan grandes como cachorros de perro (ranatauros en su laberinto fecal).

Al Bélico van muchos a pescar. Las mujeres de otro tiempo llevaban a sus aguas enormes bultos de ropa (beatas para quienes Marta construyó lavaderos hoy irreconocibles bajo los graffiti de los maricones). A pescar ranas. Sus ancas son un plato exquisito en los mejores restaurantes del mundo, y nuestra ciudad está empedrada de puestos por cuenta propia. "Abierto las 24 horas", dicen muchos.

Ah, si tan solo por el camino me encontrara uno, donde tuvieran una mesa vacía especial para mí (el concepto de cliente es una utopía). Ah, si no se hubiera acabado la comida, y lo único que quedara no fueran ancas albañales empanizadas con harina del laberinto. Ah, si mi hambre no fuera tanta y de pronto no se hubiera roto el fogón, justo cuando acababa de cumplir un siglo. En verdad, necesitamos un reparador. Es lo único que nos falta ahora para ser felices aquí, en medio de la noche o el insomnio.

#### train-in nights

**A menos de una cuadra** de los violadores, un hombre uniformado custodia un monumento. En su mochila de 5.00 pesos CUC hay un pomo con agua, un pedazo de pan con algo, una capa de nailon agujereado por si llueve.

No es un gran monumento. Es poco lo que tiene que cuidar: cuatro vagones de tren descarrilados (Logística-S4), un Bull-dózer (Caterpillar) con la nariz abollada, y cinco elementos escultóricos (*Made in Delarra*). Aburrido como todo buen monumento debe serlo. Todo el tiempo en la misma posición, queriendo decir lo mismo.

Por eso, cuando no lo visitan los turistas, cuando a ningún niño lo mandan de la escuela a hacer otro trabajo práctico sobre la batalla de la que salieron tan mal parados el Bull-dózer y el tren, cuando es madrugada como ahora y no hay nadie más por aquí (el custodio no me ve), él va hasta allá, bien al fondo, pegado a la cerca que linda con el río y su Blue Park, y al ritmo de un violador desesperado se la bate por el hueco de la portañuela, sin siquiera bajarse el pantalón del uniforme.

Es tan dulce la música de fondo: el dolor silenciado (con una mano a modo de mordaza), la violenta melodía de una

membrana rota (sea física o psíquica), los indeseados besos (pequeñas prebendas con las que chantajearnos, hacernos creer que todo no es más que un juego, y que nos va a gustar). "Vamos, mamita, déjate, será divertido". Y el custodio batiendo su pinga oficial sobre ese *soundtrack*, en lugar de cuidar la muerte del tren militar descarrilado (*out of track*).

Logística-S4, vagones cargados de soldados y comida para soldados y uniformes para soldados y armas para ser usadas por soldados (¿el custodio tendrá su pistola cargada mientras se masturba?). Un custodio es tan inmune como un soldado dentro de un tren militar. Pero un pueblo es un ejército, cualquiera puede ser soldado: una mujer, un viejo, un niño Down. Cualquiera pudo haberse hecho de un arma en medio de la confusión de la batalla, y haberla guardado muy bien a la espera de su hora. Y la hora recién ha llegado, es esta. O quizás no: tal vez se usarán nuevas armas en esta guerra nueva.

Un violador es un bull-dózer cuando la sangre se le sube a la cabeza. Lo ideal hubiera sido sobornar al custodio, instalarse con su víctima en el interior de un vagón. "Logística-S4" pudiera ser el nombre de una posada: *For soldiers only*. ¿Quién dice que él no lo sea? Como parte del pueblo, un violador es solo un soldado del amor. En nombre del amor hiere y mata. Se le debería poner una medalla "por el coraje demostrado" con la imagen del héroe apropiado: Sade, Safo, Bathory, Pamela Anderson o la estrella porno del momento (o del Mejunje).

El violador inexperto de hoy se convertirá en el veterano de guerra del mañana (como el custodio es hoy un veterano de la guerra de ayer), y guardará con celo sus medallas, pulidas cada cierto tiempo, y se las colgará en la ropa para las reuniones anuales de veteranos, donde las exhibirá con orgullo junto a cicatrices y miembros mutilados: un obús pudo haberle cercenado la pinga, pero de eso no alardeará (son gajes del oficio).

Después de una venida demorada, dolorosa, custodio y violador devuelven las cosas a su estado natural. El monumento vuelve a pasar por inmaculado, la víctima por íntegra, y ambos retornan a sus puestos de hombres comunes y corrientes. Los dos se hacen la idea de que nada pasó. La realidad acaba de ser reparada por esta doble eyaculación y ha quedado como acabada de crear. O simplemente acabada. Hasta que uno

y otro (y tú y yo y todos) vuelvan a ser acosados por las ganas, esas mismas ganas de cambio que no son tan fáciles de borrar en ellos como el resto de su desmemoria (la tuya y la mía y la de todos).

#### ella entró por la ventana del baño

**Uno, Praga.** Dos, Mejunje. Tres, América. Cuatro, cinco, seis. Contar las cuadras que me faltan. Una, dos, tres: una. Doblar en la esquina que toca. Subir las escaleras. Una, dos, tres: dos. Buscar la llave. Una, dos, tres: tres. Está todo tan oscuro.

Abrir la puerta y entrar. Decidir acostarme con todo puesto, con las medallas y cicatrices de la ciudad aún encima. Echarme, primero, un poco de agua fría en la cara. Hielo, hiel, *hell*. Mirarme en el espejo del baño. Vomitar la bilis en falso (sentirme *Bilis the Kid*). Ver que soy yo sin serlo. Una, dos, tres: la única. Comprobar la hora exacta (todas lo son). Una, dos, tres: las cuatro.

Es demasiado tarde o demasiado temprano, depende. Todo termina (la ruta 3, la noche, las ganas de templar) justo cuando ya no necesitamos a nadie, cuando pagamos el precio del arreglo por una máquina de un siglo XX de edad (un siglo numerado con una invitación XXX: "¡vente!"). Ya le había cogido cariño a mi Underwood, 1900, y a esta villa de edificios muertos entre las máscaras ávidas de los cazadores, incluidos los reparadores con sus maleticas de cuero descascarado, como los cayos de sus manos con la firma de Onam. De ahí tal vez esta oda, este odio que me roe y corroe hasta el hueso. Pero igual sé que debo irme buscando otro aparato para escribir. Acaso ya sea la hora de desacoplar al paciente en coma, en punto y seguido. En punto y aparte.

En punto final.

Acaso ya sea esta oda, este odio que me roe y corroe hasta el hueso. Pero igual sé que debo irme buscando otro aparato para escribir. Acaso ya sea la hora de desacoplar al paciente en coma, en punto y seguido. En punto y aparte.

En punto final.

En punto final.

En punto final.

En punto final.

En punto final.

En punto final.

En punto final.

En punto final.

**Anisley Negrín  
Santa Clara · 81**